

Resuelto ya á no decir al rey nada de otros asuntos, la perplejidad le desata la lengua: Mateo Vázquez habla de la carta, de Miguel, soldado que en Lepanto se portó como héroe; quizás insinúa que Miguel fué, cuando mancebo, quien escribió los versos laudatorios de la difunta reina Doña Isabel de Francia, que esté en gloria, y que el también difunto cardenal Espinosa leyó á Su Majestad. El rey no lo recuerda; pregunta el contenido de la carta, y, al saber que es un proyecto relativo á Argel, frunce los arcos ciliares, en los que antaño no se veían cejas y ahora se ven dos líneas finas de plata desdorada. No obstante, coge el papel de manos de Mateo Vázquez. Mira los desiguales renglones y pregunta si está en verso aquello.

—En verso está, señor—contesta Mateo Vázquez poniéndose colorado, al comprender que acaba de incurrir en una ligera necedad. El rey nada dice; pero devuelve el papel á Mateo Vázquez con una mano desdeñosa. ¿Cuándo—piensan el rey y el secretario, aquél un poco molesto y éste un poco mohino—, cuándo se ha visto que se trate en verso de asuntos hondos y graves de la nación? ¿Hay paciencia que sufra el atrevimiento de tanto y tanto loco proyectista, y á ello añada la audacia y sinrazón de los poetas? Mateo Vázquez conoce haber dado un paso en falso. El rey está en lo firme. Si fuera á hacerse caso de las ideas que les pasan por la cholla á todos los copleros cautivos ó libres, buenos andarían los reinos de Su Majestad. La carta se queda, pues, como era natural y justo, sin contestación.

CAPÍTULO XXIII

MIGUEL ESCRIBE OTRA CARTA QUE NO LLEGA Á SU DESTINO.
SE ADIVINA LA APARICIÓN MISTERIOSA DE UNA MANO
BLANCA Y DE UNOS OJOS NEGROS.—EL DUQUE DE
SESSA SE ACUERDA DE UN VIEJO SOLDADO
SUYO.—DE LA MERCED Á LA TRINIDAD.—LOS
HÉROES MUEREN.—“DON JUAN NO VENIR...”

Como había sabido otras tantas cosas en el apartamiento y soledad de su prisión, supo Miguel ó recordó entonces que el general de Orán en aquellos días era D. Martín de Córdoba, hijo del conde de Alcaudete, y después marqués de Cortes. Contaba la fama que este ilustre caballero, hallándose cautivo en Argel con otros diez y seis mil españoles prisioneros de la jornada de Mostagán, se propuso alzarse en rebeldía con todos los forzados (pues eran ellos mucho más numerosos que la guarnición turca del rey) y apoderarse de la ciudad, regalándosela al monarca de España. Sabíase y repetíase en Argel que, descubierta la conspiración, D. Martín de Córdoba había sido encerrado en una torre lejana, y costó á su familia el rescate veintitres mil escudos de oro. Decíase que el traidor había sido un valenciano llamado Morrellón y que, con este motivo, fueron numerosos y crueles los suplicios de los cristianos mezclados en la rebelión, muriendo entre ellos aquel famoso corsario y audaz navegante Juan Cañete, á quien llamaban el terror de Berbería.

En los relatos de esta malograda proeza, que ocurrió diecinueve ó veinte años antes, había mucho de leyenda fantástica:

no así en el fondo, cuya solidez y verdad Miguel calculó y dedujo, pesando y midiendo todos los inconvenientes y dificultades que en la práctica podía ofrecer un plan por el estilo. Al mismo tiempo, imaginaba cuán grato podía ser para un caballero de tanto valor y fama como D. Martín de Córdoba el realizar, en la edad madura y con los medios y fuerzas de que disponía entonces, aquella empresa con que soñó en su juventud. Muy despacio y con gran calma pensó Miguel en la posibilidad del proyecto: con palabras cuya eficacia y elocuencia hemos de inferir por la precisión y acierto con que habla siempre al emitir juicios en materia militar, escribió lo que pensaba.

Mucho más que en ello debió de tardar en arbitrar un medio de que la carta llegase á manos de D. Martín de Córdoba. Cómo se las industrió Miguel para conquistar y seducir á un moro que llevase la carta con otras dirigidas á varios caballeros y jefes militares residentes en Orán y á quienes conocía y le debían de conocer á él por haberse hallado quizá en Lepanto y en Navarino, es cosa que las historias callan; pero si Miguel, preso con los moros acusados de varios delitos, en el baño de Azán-bajá, no es probable que hallara medios para sobornar ni pagar al mensajero ¿será tan disparatado suponer que de este plan formó parte ó á él coadyuvó alguna intriga amorosa y femenina de las que hizo figurar en todas las obras suyas donde trata asuntos como este?

No han buscado ni investigado los historiadores cuáles fueron los modelos vivos de aquellas moras enamoradizas y complacientes que en las comedias argelinas y en las novelas de cautividad puso Miguel. ¿Es lógico pensar que tales seres y semejantes intrigas son obra de la ficción literaria ó elementos meramente poéticos é imaginativos con los que Miguel aderezó sus historias? ¿Por qué había de ser esto fingido y lo demás verdadero?

No es una hipótesis folletinesca, sino una opinión autorizada por cien hechos semejantes que la historia registra, la de que en este asunto del moro, manos femeninas intervinieron, proporcionando recursos ó dando órdenes inapelables.

Miguel era *el gallardo español* del baño de Azán-bajá. Ponde-

raban su ingenio y desenvoltura cuantos le conocían de cerca: su figura era interesante y simpática: los hechos recientes y la antigua manquedad pregonaban su temeraria valentía. Azán-bajá, que como enamorado y hombre de erótica violencia aparece en *El amante liberal*, lo cual nada insólito parece en un hijo de las lagunas venecianas, tenía, sin duda, en su harem mujeres sensibles, renegadas unas, moriscas y griegas otras, alguna cristiana en secreto. El algo de verdad que haya en la protección de estas bellas é interesantes moras de las comedias cervantescas á los cautivos cristianos, no sabemos cuál es, pero algo de verdad hay, sin duda, siendo lo demás, como es, pintura fiel y justa de la realidad. *El gallardo español* contó, pues, con que unas manos blancas y suaves le quitasen algunas piedrecillas del camino.

Salió el moro con las cartas de Miguel, pero tan mala fué su estrella que en el camino le cogieron otros moros, espías ó soldados: le registraron, le encontraron los papeles, llevaronle á Azán-bajá. ¿Quién supondrá la indignación y furia del taimado veneciano al ver la firma de Cervantes al pie de aquellos sediciosos escritos?

Por lo visto, el malhadado cautivo de la mano manca era el hombre más contumaz y terrible que en Argel había. Era menester descubrir todo cuanto en el plan hubiese ya de realizado y de peligroso. Para ello comenzó por atormentar al moro; después le hizo empalar y en el palo murió sin decir palabra que á Miguel comprometiese.

Este hecho que repetidamente se ha consignado, ¿es tan vulgar é insignificante que no merezca atenta consideración? ¿No revela á las claras cómo los medios por Miguel empleados, para ganarse el ánimo del moro fueron tan poderosos y enérgicos, que llegó hasta á comunicarle la constancia cristiana y la estóica fortaleza de su corazón? ¿Qué juramentos y qué compromisos mediaron entre Miguel y el moro para que éste muriese sin declarar? Juzguen ahora tal hecho los que estiman que la vida de Miguel puede contarse como la de un hombre cualquiera y que nada hubo en ella de maravilloso; y asimismo, los que prescin-

den por completo de toda intriga amorosa y de todo empeño femenino en algunos sucesos de ella.

Nuevamente se halló Miguel cara á cara con Azán-bajá. Ya sabía el renegado que poco podían con su cautivo las amenazas. No obstante, púsole grillos en manos y pies y mandó atarle una cuerda al cuello. Ordenó que le diesen dos mil palos en la barriga y en las plantas de los pies, como era costumbre, para matar lentamente á los cautivos desmandados. Miguel no pestañeó al oír la cruel sentencia; acaso detrás de las cortinas que en la sala de justicia de Azán vestían las paredes ó entre los enrejados de un ajimez vió lucir unos ojos negros brillantes que le devoraban el rostro....

A Miguel, no sólo no le dieron los dos mil palos, pero ni siquiera se alzó una mano para ultrajarle.

¿Por qué fué esto? Fuera por lo que fuese, el alma de Miguel, pasados los instantes en que el heroísmo la sublimaba, vivía en constante vacilación y perplejidad. Los dos momentos cordobeses, el *sustine* y el *abstine* se sucedían en ella. Pinta esta situación un diálogo entre el soldado triste *Saavedra* y su alegre camarada Leonardo (en *El trato de Argel*). Dice Saavedra, declarando el primer pensamiento triste de Miguel:

— En la veloz carrera apresuradas,
las horas del ligero tiempo veo
contra mí con el cielo conjuradas.

Queda atrás la esperanza y no el deseo
y así la vida dél, la muerte della
el daño, el mal aumentan que poseo.

¡Ay, dura, inicua, inexorable estrella!
¡Cómo por los cabellos me has traído
al terrible dolor que me atropella!

Y replica su alegre compañero Leonardo, en quien no hemos de ver sino al propio Miguel dejándose llevar por el segundo pensamiento alegre y descuidado, como de quien se crió en Sevilla:

— El llanto en tales tiempos es perdido,
pues si llorando el cielo se ablandara,
ya le hubieran mis lágrimas movido.

A la triste fortuna, alegre cara
debe mostrar el pecho generoso
que á cualquier mal buen ánimo repara.

Más triste aún replicaba Saavedra:

— El cuello enflaquecido, al trabajoso
yugo de esclavitud amarga puesto,
bien ves que á cuerpo y alma es peligroso.

Y más aquel que tiene prosupuesto
de dejarse morir antes que pase
un punto al modo de vivir honesto.

Y con el mismo tono se plañía Miguel á Mateo Vázquez, en los memorables tercetos de su carta:

Yo, que el camino más baxo y grosero
he caminado en fría noche oscura,
he dado en manos del atolladero

Y en la esquina prisión amarga y dura,
á donde agora quedo, estoy llorando
mi corta infelizísima ventura.

Con quejas tierra y cielo importunando,
con suspiros al ayre escureciendo,
con lágrimas el mar accrescentando.

Vida es esta, Señor do estoy muriendo,
entre bárbara gente descreída
la mal lograda juventud perdiendo.

No fué la causa aquí de mi venida
andar vagando por el mundo á caso
con la vergüenza y la razón perdida.

Diez años ha que tiendo y mudo el passo
en servicio del gran Philip o nuestro,
ya con descanso, ya cansado y laso....

Sollozaba de este modo el cuitado Miguel, viendo otra vez por tierra sus intentos de libertad. A los treinta años, lloraba su juventud perdida y por perdida ha de tenerla irremisiblemente quien alcanza aquella suave filosofía que sabe convertir las penas en versos. Si alguna intriga amorosa ó por lo menos algún trato femenino hubo en su cautiverio y en la malograda intentona de la carta, no era Miguel hombre que se aviniese á la candonguería y molicie de la mujeril protección con que algunos despiertos

esclavos se aliviaban, como aquel desenvuelto y poco aprensivo Leonardo, que dice:

A mi patrona tengo por amiga
Trátame como ves: huelgo y paseo.
"Cautivo soy," el que quisiere diga,

pero Miguel tenía prosupuesto de dejarse morir antes de pasar un punto al modo de vivir honesto, y así como no claudicó su fe divina, tampoco cedió á la satisfacción de ímpetus y anhelos momentáneos el propósito de lograr la libertad, primero que ocupaba su alma.

Atento á este fin, supo que el capitán talaverano D. Francisco de Meneses había logrado convencer al amo en cuyo poder estaba cautivo, de que le dejase partir á España bajo su palabra, prometiéndole pagar, por este medio, su rescate que subía á mil ducados de oro. Trato igual habían hecho, con buen resultado antes dos caballeros portugueses, Sosas de apellido, y lo hizo por aquel tiempo ó después D. Fernando de Hormaza y Herrera, noble señor de un antiguo solar de Extremadura.

Cómo desde su prisión comunicó Miguel con el caballero Meneses, no lo sabemos; pero es seguro que este noble talaverano, al ser aceptada su libertad bajo palabra, trató con Miguel y le prometió visitar á su familia en Madrid, y procurar recursos para su rescate. Dos años larguísimos había pasado ya en el cautiverio: no decaía su ánimo, pero sí iba transformándose su carácter y sufriendo un tanto su buen humor con tan repetidos reveses de fortuna.

Partió de Argel D. Francisco de Meneses á principios del año 1578. Antes de partir firmó un contrato con dos mercaderes valencianos, estantes en Argel, Hernando de Torres y su cuñado Juan Fortuny ó Fortunio, para que, en cierto plazo, pagasen la cantidad estipulada, la cual D. Francisco devolvería en España. Llegado á Madrid, ratificó la obligación en 27 de Febrero; pero desconfiado Azán-bajá, retuvo como rehenes y garantía de los mil ducados al erudito sevillano Dr. Becerra. Qué trazas se daría este ingenioso doctor para lograr que Meneses pagara los mil escudos y además su propio rescate, el cual, como de un pobre escritor, no subía sino á doscientos cuarenta ducados, no lo sabe-

mos; pero sí que ambas cosas logró más adelante, verificando el pago Baltasar de Torres, hermano y socio de Hernando, y el banquero veneciano Jerónimo Zuma.

Estos banqueros Torres, como otros que tenían casa abierta en Argel y en constante tráfico y comunicación con otras casas suyas de Valencia, Barcelona y Mallorca, eran hombres mañosos y listos que habían logrado implantar un activo comercio de mercaderías y de dinero á la sombra de los rescates. Muchos cautivos se rescataban por manos de ellos, sin intervención de los PP. mercenarios ó trinitarios, y ambas Órdenes solían recurrir á la ayuda de los mercaderes en sus apuros ó cuando, por las brutales y anticristianas exigencias de los turcos, no podían acabar con ellos trato. Explotaban asimismo el negocio á que daba margen la concesión de licencias para sacar *mercaderías lícitas* (según la fórmula oficial) de un puerto con destino al de Argel, licencias que el rey concedía para auxiliar, sin soltar un maravedí, á las mujeres de cautivos ó á las viudas menesterosas como doña Leonor, que pedían á S. M. para rescatar á sus hijos.

Al llegar á Madrid D. Francisco de Meneses, vió á la familia de Cervantes, y, excitados, sin duda, el cirujano Rodrigo, doña Leonor y sus hijas por las cartas de Miguel y por la patética pintura que de su situación y sucesos hizo Meneses, comenzaron otra vez sus empeños y diligencias.

Pidió Rodrigo de Cervantes nueva información de los méritos de Miguel ante el licenciado Ximénez Ortiz en 17 de Marzo de 1578. Por indicación del capitán Meneses, ó por avisos del mismo Miguel, acudieron á declarar sus antiguos camaradas de Lepanto, el buen navarro Mateo de Santisteban y el puntual montañés Gabriel de Castañeda, quienes contaron las gloriosas hazañas de Miguel en la batalla naval. Informó también el sargento Antonio Godínez de Monsalve, uno de los veteranos de Túnez que hacían temblar la tierra con sus mosquetes. Declaró además el caballero D. Beltrán del Salto y de Castilla, quien, así como Godínez, había visto á Miguel en el cautiverio y sabía cuánto perjudicó al soldado de Lepanto el habersele descubierto las cartas del duque de Sessa y del señor Don Juan.